

Las monjas imitaron su ejemplo con solemnidad imponente, y, llenas de respeto, fueron imprimiendo una tras otra sus labios místicos hechos á la plegaria y á la eucaristía, en aquellos hoyos negros y trágicos.



La Horma de su Zapato.

A RAFAEL DE ALBA.



partes de la orilla del Zula rumoroso, es, "entre semana," un lugarejo muy miserable, quieto y silencioso. Las casucas que le forman, comienzan apenas á alinearse en calles y á agruparse en manzanas; y esto en tal desorden y con tan poco amor á la simetría, que las primeras, en vez de tirar á la recta, se han resuelto por la sinuosa ó quebrada, y las segundas, en lugar de manifestar amor á la forma rectangular, cuadrada ó cuadrilonga, se han pronunciado por la caprichosa y extravagante, conglomerándose en unas como islas aisladas y de corta extensión, ó en unos como continentes de dimensiones colosales, con istmos, penínsulas, golfos y cuantos

I

“accidentes” se quiera en sus contornos— con excepción, se entiende, de vahídos, convulsiones y ataques de nervios.

Ibamos diciendo que los días de trabajo parecía la aldehuela casi muerta; y así es á la verdad, pues en el inmenso terreno conocido con el nombre de mercado, no se ven por entonces más que unos cuantos puestos de hortaliza oreada ó de fruta vieja exhibidas sobre esteras y á la sombra de rústicos parasoles formados por palos altos y redondos y por ruedas también de esteras, fijadas en la punta de las varas. Los vendedores se duermen viéndose tan desocupados ó se entretienen en espantar con mano tarda, las moscas importunas que se paran sobre sus mercancías maculándolas impiamente; los parroquianos se presentan uno por uno con intervalos de horas, haciendo compras de á fracción de centavo al menudeo, ó de centavo completo al por mayor; y solamente los perros famélicos, como antes los ciudadanos en las ágoras ó en los foros, parecen darse cita en aquel sitio para tratar los importantes asuntos que atañen á sus mandíbulas y á sus estómagos. El caso es que esos ruidosos cuadrúpedos trotan por aquel campo oliéndolo y hurgándolo todo, en busca de restos y piltrafas olvidados por los míseros comerciantes entre las piedras y el polvo de la terraguera; y que no

bien hallados zancarrón, tripa ó nervio duro, arman entre sí espantosas tremolina, con pelo hirsuto, dientes desenvainados y garganta hinchada, gruñona y ladradora. Algunas veces se juntan en bandas semejantes á taifas de moros, y se acometen en grupos de un modo feroz y estrepitoso; por lo que los dueños de los puestos se ven obligados de tiempo en tiempo, para salvar su negocio de la invasión de los beligerantes, á batirlos con buenas paladillas de arroyo, que el piso por donde quiera brinda y ofrece á sus ágiles manos.

Pero los días de fiesta, y particularmente los domingos, cambia de todo á todo el aspecto de la plaza de Zaulán. Ese día osténtase el mercado lleno de puestos, henchido de gente y sorprendente de animación. Los serranos acuden de las cañadas de los cerros próximos con perfumados cargamentos de fruta hermosa, dulce y fresca cortada en aquellas ensenadas; los labradores traen abundantes semillas y verduras; los barqueros, pescados recién caídos en la red ó en el anzuelo, algunos palpitantes todavía, y que há poco bogaban en el próximo río de aguas turbias, ó bien en el lago azul donde se arroja el Zula rayando la clara superficie con la faja rojizo-amarillenta de su corriente; los comerciantes sus mantas baratas, sus percales chillones, sus pañuelos de yerbas, sus anillos

de conalina y sus prendedores de oro "doblé" y piedras falsas. Los indios y ranche-ros de las cercanías, de varias leguas en contorno, se dan cita para reunirse en Zaulán, donde pueden oír misa y hacer compras y provisiones para el resto de la semana. Es una verdadera feria, semejan-te á las que en la Edad Media se celebra-ban á la sombra de las iglesias, y que reci-bieron por eso el nombre de "kermesses." En tales días como esos, el desierto habi-tual del mercado se trueca en una verda-dera Babilonia de gente apiñada, voces clamorosas y ruidos de todo género; y los rústicos y rústicas endomingados se dan gusto por aquellos laberintos devorando fruta y dulces, bebiendo agua fresca, y comprándose zapatos bastos, sombreros con grampas, y telas rumbosas para sus vestidos.

II

Uno de esos domingos precisamente, y acaso aquel en que la concurrencia de los lugareños comarcanos había sido más nu-merosa y compacta, fué cuando Patricio Ramos tuvo la mala idea de ponerse una de las monas más descomunales de su vi-

da; y eso que eran incontables las de pa-dre y señor mío que había pescado ya en su no larga existencia. Patricio era un mo-zo de cuando más veinticinco años "bien dado," como suelen decir los ranche-ros; esto es, alto, fornido, rebosando salud y satisfacción por todos sus poros. Como guapo, podía rivalizar con los mejores, pues, aunque moreno, tenía facciones co-rrectas, ojos vivaravhos, nariz fina y dentadura blanca y apretada. La escasez de su barba, que no pasaba de un ruín y lacio bigotillo, le daba una apa-riencia todavía más juvenil que la que re-clamaban sus años; pues era un adolescente por su aspecto y parecía estar en los lími-tes indecisos de la infancia y de la juventud.

Pero aquel tierno mancebo que inspira-ba interés por los rasgos de su exterior, era mozo pervertido, vicioso y corrupto, que desde su más temprana edad había da-do quince y raya á los más atrevidos, des-vergonzados y libertinos de Zaulán y de las rancherías inmediatas. El amor que te-nía al vino, más que inclinación, más que costumbre, parecía delirio febril, tema de loco, frenesí desencadenado, pues en apu-rando la primera copa, tenía que apurar la segunda, la tercera, la centésima, como hí-drópico que no se sacia de beber agua, ó peregrino que, al pegar los labios á la fuente, parece que no ha de separarlos de